

recto el espinazo. Sólo en un punto andan acordes las niñas: que papá es muy bueno, convenido..., pero que no sirve para nada. Y el fondo del alma de las doncellas es igual al de la dueña y jefe de familia: asfixia por falta de medios, el fermento de las estrecheces y apuros diarios, la privación de cuanto halaga á la juventud, la mortificación del amor propio, de la vanidad... y hasta del estómago; porque para comprar un sombrero hay que no comer cosa nutritiva, que vivir de patatas guisadas y desperdicios de carne...

Falta al catálogo de la familia el hijo..., y pardiez que falta lo mejor—como suele decirse cuando lo que se omite es lo peor de todo lo imaginable.—El niño de los señores de Camarena—este es el apellidado—logra descollar entre los infinitos ejemplares de su clásico tipo que abundan por ahí. No le habrá más perdido, ni más holgazán, ni más simpático. Es de los que se hacen querer, no sólo por sus franquezas y alegrías con todo el mundo, sino por su labia y chiste. Y el muchacho—muchacho perpetuo, aunque va frisando en los veintisiete—ni ha terminado sus estudios, ni quiere dedicarse á cosa alguna, ni se sabe con qué dinero anda siempre de juerga, paga en el café, concurre á los teatros, se presenta bien trajeado, y en suma, se conduce como si sus padres tuviesen una bonita renta y la necesidad de derrocharla en mantener á un ocioso. El padre, desesperado, calla: le cohibe, en esto como en todo, el miedo doméstico. La madre, cuando el esposo ha sacado la conversación del proceder de Ramoncito, salta á los ojos del esposo, y lo quiere comer por sopa. Ramoncito no es como otros, que nacieron para pobrete; Ramoncito, hoy, «se las arregla», y mañana se casará con una rica de las muchas que por él beben los vientos; y su mujer no se verá en el caso de tener que ir con el cesto á la compra, como le ha sucedido á toda una doña Josefa Galíndez de Camarena esta misma mañana, por encontrarse sin servicio—hoy en día el que no puede pagar sueldos de cinco duros, no halla criados.—¡Ah! Si la cosa seguía así, ella se determinaría á ofrecerse de asistente en alguna casa; pues de barrer y encender el fogón, si quiera que se lo pagasen. ¡Quién se lo había de decir cuando se casó!—y lo demás de la retahíla.—Agachando la cabeza, Camarena huye de la amarga alcoba conyugal, se refugia en la oficina ó en el café, en el dominó, en los cigarrillos, los rumores de crisis y la actitud de Lerroux y de Melquiades Alvarez...

Al acercarse la Navidad, la familia de Camarena atraviesa una crisis... Las muchachas no tienen materialmente qué ponerse, ni traje, ni abrigo; el gabán de padre, inservible; la madre, por decencia, ha menester botas; están sin pagar cuatro meses del alquiler del piano de Barbarita—y con el casero han ido atrasándose sin saber cómo, le deben un trimestre, —y si el del almacén de pianos sólo puede recoger su carraca, el casero les pondrá en el arroyo. ¡A tal punto se llega, con hombres inútiles y sin disposición para nada! Se acordó juntar para la casa, era lo urgente, ante todo. Se arañó de aquí y de allí, y se reunieron los cuarenta y cinco duros del trimestre. La madre los ocultó en un cajón de la cómoda, debajo de un paquetito de algodón de repasar. Echó la llave, y avisó al administrador para la cobranza... Cuando éste vino, al buscar la señora su pequeño tesoro no estaba allí... El cajón, sin embargo, no había sido abierto. Criada, no la tenían desde hacía un mes. Hubo consternación, drama íntimo, encerrona del papá y la mamá, conversación horrible en que cada palabra es una herida... Y Camarena, insultado una vez más, acusado de la subtracción—para que él no acusase á otro, al que «se las arregla tan bien», —salíó hacia la oficina, saturado de vergüenza, en uno de esos momentos que desquician el espíritu. Sucede así, que sin ruido, sin nada que parezca modificar la situación de las personas, se colma un día la medida del sufrimiento, y las convicciones giran sobre su eje y el corazón se curte en jugos venenosos, el veneno mortal de la injusticia, del desamor, del menosprecio de la mujer al hombre honrado y que no sabe acuñar moneda con su conciencia...

Camarena lleva la boca más amarga que su vivir. En toda la noche no ha dormido. No se ha desayunado. La bilis le tiñe de amarillo el rostro. Llega á la oficina. Los compañeros están de broma: se paran á festejar una alegre Nochebuena, si les cae al otro día el premio—vamos, aunque no sea el mayor se contentarán!—La oficina, rumbosa, ha jugado dos décimos, en los cuales Camarena no quiso participación, por economía. Ahora lo siente... ¿Quién sabe? Acaso... Y se instala ante su pupitre, medio idiotiza-

do, ebrio de pena y tronzado de impotencia. ¿De qué sirve la honradez? Felices los que «se arreglan...» Ellos poseerán el dinero, y además el cariño...

Sepultado en estos pensamientos, no repara que un caballero, grueso, apoplético, se acerca, se detiene. Sólo cuando formula una pregunta relacionada con un expediente en tramitación, alza el empleado la abatida cabeza, y contesta, sin enterarse. El caballero entonces saca la cartera, extrae de ella documentos, que examina, confronta y manipula hasta exponer su interrogación. A su voz, Camarena registra cajones, da noticias... El caballero, expeditivo, á pesar de su figura de botarga, se va apresurado; tiene que coger el tren. Camarena va á recaer en sus vacilaciones tristes, cuando, al pie del escritorio, ve un papel... Lo recoge... Es un décimo de la lotería...

Lo primero es guardarlo en el bolsillo.—Por instinto, y con disimulo.—Mira alrededor. Nadie se ha fijado. La mesa de Camarena está como oculta por un biombo, que la resguarda de las corrientes. En su alma no hay lucha ni resistencia. Si se hubiese tratado de un billete de Banco es probable que la habría. Pero un décimo... es el azar: probablemente no se roba nada al robar un décimo; y menos al recogerlo cuando lo dejan caer. Quien lo ha dejado caer no es una persona; es la suerte, la suerte loca, la suerte bibrón, mujer liviana, que acaricia á capricho. Si el caballero volviese... No volverá... Tiene que tomar el tren...; y al pensar así, seguro estaba Camarena de que aun cuando volviese... Por si acaso, se retiró temprano de la oficina. Almorzó en su café, al fiado, y pidió cosas buenas, y sobre todo, cigarrillos finos. A su alrededor oía hablar del sorteo: todo el mundo estaba lleno de esperanzas: Camarena sintió abatirse las suyas como pájaros heridos de perdigón. Entre tantos, qué casualidad sería!

Como en sueños, volvió á su casa, soportó frases fustigadoras de la esposa, vió la palidez de las hijas, y en los ojos de la menor, de la pobre gibosa, lágrimas que caían sobre la del plato vacío... Les habían notificado el desahucio.

A la mañana siguiente, Camarena oye vocear la lista grande. Salta de la cama, y medio vestido baja al portal. A la primera ojeada se lleva las manos á la garganta, al corazón después... No suelta el papel; lo mira atónito... ¡Su número! ¡Su décimo, premiado! ¡El premio mayor en su décimo! Sí, allí estaba; pero si estaba allí... Y lo que experimenta el empleado no es alegría; se siente como estúpido: casi es dolor, casi es una puñalada una dicha así...

Se repone. De escrúpulos, ni rastro. Todo aquello era obra de la suerte... y nada más. El billete de lotería es documento al portador... No iría, sin embargo, á cobrar en persona. Quién sabe si el caballero grueso había avisado en la Administración? Y combina un fraude, una defensa, una estratagema...

Corre á casa de un usurero.—Tenía de estas relaciones.—El usurero se cerciora de que el número está, en efecto, premiado, y se presta á descontar el décimo inmediatamente. Se embolsa unos miles de pesetas, y entrega, sin que medie contrato escrito, los miles de duros. No hay responsabilidades para Camarena. Si surgen dificultades, que «se las arregle» el usurero. Le ha cegado la codicia; no ha sospechado el peligro menor; ni ha encontrado extraño que Camarena, pudiendo cobrar de diez mil modos, le lleve el vellón de lana á las uñas...

Al entrar en su casa con la fortuna en el bolsillo, Camarena ha adoptado una resolución. Desde aquel momento, él es quien manda. De aquel dinero se hará lo que él quiera. El lo aumentará, lo hará fructificar. Siente ya ambiciones de rico. Melita se lucirá en un palco; Bárbara se casará á su gusto; Pepa irá á Alemania, á una clínica, á ver si le curan la deformidad...

Cuando se avista con la señora, al noticiar el cambio de situación, formula el cambio de política, el programa de gobierno... ¡Ay del que intente substraerse á su autoridad!

Por primera vez, la señora de Camarena se somete; y amorosa, echa los brazos al cuello al esposo y le moja la cara de lágrimas de ternura... En efecto, ya tiene derecho á ejercitar el poder, quien trae á su hogar, no la estrechez, sino el bienestar, el lujo...

En la succulenta cena de la noche, entre el besugo y la ensalada de coliflor, al destaparse una botella de espumoso, sonaron estas palabras extrañas, en boca de la amansada cónyuge, y respondiendo á planes é iniciativas de las muchachas:

—Niñas, ¿cómo se entiende? Se hará lo que vuestro papa disponga...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me parece ocasión oportuna de contar un cuento de Navidad, de la Navidad española. Si quisiese darle título, robaría á Shakespeare el de una de sus comedias: *La doma de la tarasca*.

La familia es de las que más abundan: clase media que no se resigna á pertenecer al pueblo. Con esta sencilla definición puede que bastase para formar exacta idea de las interioridades; sin embargo, bosquejaré la situación de sus individuos.

El jefe nominal es un hombre de bien, trabajador por necesidad. Todos los días concurre á su oficina, y allí fuma quince ó veinte cigarrillos, charlando largamente de la próxima crisis, de la actitud de Lerroux, del crimen más reciente y de la piecicilla en el teatro barato, al cual acompañó á sus hijas la semana anterior. Es un medio como otro cualquiera de sacar á relucir á las niñas, pues sospecha que entre los compañeros de oficina alguno las hace cocos, y sueña con el yerno—para que sus vástagos continúen la dinastía burguesa,—no vayan á tener la endiablada ocurrencia de casarse con un carpintero ó un maestro de obras.

La jefa verdadera—es decir, la mamá—es una de esas cuyas siluetas trazaron con sal y donaire Luis Taboada en artículos y Vital Aza en sainetes. El estado psíquico de semejantes jefas, al igual de los demás estados psíquicos, tiene sus causas, y es preciso que las encontremos en la irritación permanente que determina el verse obligado á sacar rizos donde no hay pelo, ó sea á gobernar casa sin gaita. La conocida pareja que tantas veces ha desfilado por el escenario haciéndonos reír; el marido tembloroso y calzonazos, la mujer que muerde y pega, no admite otra explicación que un hecho sencillo del orden económico: el marido que funda un hogar con recursos insuficientes; que abdica en la esposa para que ella haga milagros sin ser Dios..., y el desquite, el desahogo de la esposa, en diarios insultos, en todo género de malignidades, en una tiranía doméstica con refinamientos de tortura china.

Las niñas... Como si las estuviésemos viendo. Son tres. Una de ellas, Melita—diminutivo de Carmela,—es de perfectísimas facciones, y la familia espera siempre al novio millonario. Lo malo es—sigue creyendo la familia—que toda aquella belleza de Melita está eclipsada por la falta de trajes, sombreros, palcos, saraos y coches. De las otras dos chiquillas, Bárbara y Pepa, la última es gibosa; no se espera casarla; se desearía, á lo sumo, consultarla con emenencias... En cambio, Barbarita, derecha como un pino, fea graciosa de magníficos dientes y ojos de lumbre, tiene siempre «coquetos» y más partido que la bella Melita. Y las tres hermanas no viven un minuto en paz, zahiriéndose continuamente por si tú eres una pavisosa, si tú una cabeza de viento, si tú como naciste así no puedes ver á las que tenemos